

## EL N° 9 DE LA RUA VIEJA

Mi mujer, Sara, trabaja como redactora en una revista mensual llamada “Mujer de futuro”. La directora, fundadora y esposa del máximo accionista es doña Emilia, un carcamal vestido de Valentino que se cree el paradigma de la feminidad. Me cae peor que un lingotazo de ginebra de garrafón en ayunas, de hecho hubiese aceptado cancelar mi partida semanal de poker en el “Full Duck’s” antes de asistir a la fiesta que daba con motivo de la inauguración de su nueva casa. He oído hablar de esas fiestas, tienes que decir “magnífico, impresionante, fantástico” desde que entras hasta que sales. La nueva casa estaba en la Rúa Vieja nº 9. Sara, insistió que debía acompañarla, esa fiesta significaba mucho para ella y no le valían excusas, más teniendo en cuenta que nuestra relación pasaba por unos momentos delicados. Hice un esfuerzo. Cogimos un taxi y durante todo el trayecto me fue dando unos últimos consejos.

-Intenta ser simpático, no hables demasiado de fútbol, ni te metas con el nuevo novio de Merche García y sobre todo no bebas. sabes lo mal que te sienta

El taxi nos dejó a los pies de una edificación decimonómica de tres plantas sin estilo definido con toques renacentistas, puerta barroca y en el segundo piso una estructura de madera propia de las construcciones tradicionales de la montaña. Una rareza no exenta de elegancia que desprendía un halo de inquietud.

-¡Joder con la nueva casita de tu jefa!.

-Ha sido un capricho de su marido-dijo Sara con una pizca de ironía-. Ya sabes que le sobran los millones.

Llamamos y salieron a recibirnos los anfitriones. Él educado, ella histriónica y pedante, apenas nos hicieron caso “Pasar, por favor, luego nos vemos”. En el salón estaban el resto de invitados. Sólo el salón era el doble que nuestro piso. Al fondo, junto a la puerta que daba a la terraza distinguimos a Merche garcía al lado del que debía ser

su nuevo novio. Los novios le duran un par de meses, lo justo para media docena de revolcones, aún así todos acaban de los nervios. En cuanto llegamos, Merche cogió a mi mujer y se la llevó aparte para contarle lo hermosa que volvía a ser la vida para una inestable emocional. A mí me dejó con su novio, un tipo todo huesos de piel macilenta y una perilla sin recortar, esa clase de especímenes que no sabes si son artistas de vanguardia o gilipollas anoréxicos que se pasan con la coca.

-Fermín Aranda – se presentó tendiéndome la mano.

Yo hice lo propio. Un camarero pasó con una bandeja repleta de copas, me reprimí, había prometido no beber. En esos momentos la anfitriona se rodeó de todos los invitados para explicarle lo magnífica que era aquella casona, detalles incluidos. Con el dedo indicaba una lámpara que colgaba en el centro de la estancia y seguido dijo una cifra que se aproximaba a la deuda exterior de un país bananero. Esa mujer se iba a cargar en una sola sesión a mi sensible y magullado ego personal.

-Odio las fiestas de etiqueta, las casa cien veces mejor que la mía y hacerle la pelota a una ricachona neurótica.

Era Fermín Aranda el que hablaba pero bien podía haber sido mi subconsciente que se explayaba en voz alta. Al menos para ser novio de Merche no era tan memo como se le suponía. El caso es que congeniamos. Tanto que se mostró encantado con mi conversación, esa que tanto molesta a Sara porque dice que no me pilla las gracias y que no dejo títere con cabeza. Volvió a pasar el camarero pero esta vez cogí un vaso de Johnnie Walker. Sólo un trago, para entonar el cuerpo. Como mi mujer continuaba con Merche escuchando ensimismada como su jefa había comprado unos muebles de caoba importados de “*nosedonde*” ni me importa, seguí bebiendo. Y divirtiéndome como hacía tiempo, incluso me tronchaba de cómo se reía mi nuevo amigo, su risa era discordante y chillona como la de una hiena. Entre broma y broma se nos pasó por la cabeza que la

dueña de aquella casa necesitaba una lección de humildad y que nos podíamos divertir de lo lindo a su costa. Así que nos inventamos sobre la marcha una historia alucinante, el plan era soltarla en el momento oportuno. El momento llegó cuando doña Emilia dijo: -Esta casa la mandó construir en el año 1886 un grande de España, el ilustre marino y ministro con Isabel II, Don Fortunato Somosaguas y Goicoechea, Marqués de Castroviejo.

La buena señora esperaba un murmullo de admiración pero se encontró con lo que iba a ser el principio de una velada inolvidable. Hice un gesto a Fermín de que no interviniera, si algo hacía yo bien era hablar. Tres veces seguidas había sido delegado sindical de mi empresa, siempre por mayoría.

-Ya decía yo que esta casa me sonaba – dije aparentando sorpresa-. Ahora lo recuerdo perfectamente. ¡Cómo no había caído antes! Claro, esta casa sí que perteneció al Marqués de Castroviejo, ¿pero sabe usted cual fue su propietario original?

Doña Emilia negó con la cabeza, se le notaba a una legua contrariada por mi interrupción. Muy cerca de ella, mi mujer que se olía la jugada me hacía gestos ostensibles de que callase, juntaba las manos rogándome que por una vez pensara en ella, en su trabajo, en su vida. Yo a lo mío.

-Esta casa era propiedad de un famoso médico-cirujano enemigo político del Marqués de Castroviejo, al que llamaban el “Sacamentecas”. Pues bien, en aquella época hubo una serie de saqueos en los cementerios de la ciudad. La policía tras arduas pesquisas acusaron al “Sacamantecas” de profanar tumbas y robar cadáveres para sus experimentos. Se corrió que en una pared del sótano tenía emparedados a decenas de cuerpos a los que había mutilado con un bisturí. Al “Sacamantecas” lo ajusticiaron a garrote vil una fría mañana de invierno de 1891. Pero hay algo más..

Para regocijo mío noté como doña Emilia se había puesto pálida. Detrás de ella Sara seguía implorándome silencio. El resto de los invitados habían dejado sus melindrosas chácharas y escuchaban con atención. El camarero hacía su ronda, casi al vuelo sustituí mi copa vacía por una llena. Bebí un trago antes de continuar.

-Sí, hay algo más. Nunca se pudo demostrar pero es bien seguro que la policía estaba al servicio del Marqués de Castroviejoy todo fue un maquiavélico complot urdido para deshacerse de su enemigo. Cuando ajusticiaron al médico, el Marqués se quedó en pública subasta con sus propiedades incluida esta casa. Cuentan que a los pocos días de habitarla, una noche de tormenta...

Volví a detenerme. Fermín Aranda hacía verdaderos esfuerzos por contener su risa de hiena, en cambio la jefa de mi mujer parecía a punto de desmayarse, la infeliz agarraba el brazo de su marido intentando mantener la compostura. Al fondo de la sala vi como Sara se ponía el abrigo y se marchaba. Ya se le pasaría el enfado. Terminé la copa, ahora venía lo mejor. Modulé la voz para darle un mayor suspense y alzando los brazos algo teatralmente dije:

-Una noche de tormenta, el Marqués oyó el ruido repetitivo de una puerta mal cerrada. Plon...plon...plon...Era la puerta del sótano, aunque estaba seguro de haberla cerrado. Esa noche los criados estaban de permiso. Las luces no iban, así que el marqués cogió un candil y bajó en camisón por las escaleras. A cada paso las maderas crujían, y la inquieta luz de la llama producía en la estancia un ejército de sombras multiformes. Por fin llegó al sótano, la puerta dejó de moverse. Una repentina y fría ráfaga de viento hizo apagarse el candil. Todo quedó a oscuras. Tembloroso el Marqués no acertaba a encender una cerilla cuando en esos momentos un gran relámpago iluminó las escaleras del sótano. Allí estaba el Sacamantecas todavía con el aro del garrote alrededor del

cuello dislocado. El noble huyó presa del pánico pero aún pudo escuchar una voz infernal proveniente del sótano: “¡Fuera de aquí! ¡Maldigo a quien habite esta casa!

A esa altura del relato estaba cuando se fue repentinamente la luz. Se oyó un grito, al volver la luz Doña Emilia estaba en el suelo desmayada. Enseguida se formó un corro a su alrededor, un médico acudió presuroso a atenderla. Fermín Aranda se acercó y me dijo que quizá fuese mejor que nos largásemos. La broma se nos había ido un poco de las manos incluido el efecto sorpresa de apagar la luz. Cogí un taxi. En casa encontré una nota de Sara pegada en el espejo del recibidor “Prefieres estar solo a estar con tu mujer”. Me recosté en el sofá, puse la tele por ponerla. Una rubia cachas anunciaba un aparato vibratorio para acabar con la celulitis llamado “Youngbody”, si llamabas pronto te regalaban un vídeo de Jane Fonda. Es lo último que recuerdo, me había bebido ocho o diez whiskys y eso, se quiera o no pasa factura.

En toda la semana que siguió, Sara no me dijo otra cosa que “Tenemos que hablar”. Me sentí verdaderamente mal, conocía a mi mujer y aquellas palabras no eran consecuencia de un enfado pasajero, ni tan siquiera de una crisis más o menos importante, aquella frase en su boca rebosaba cansancio, saltaba a la vista que no le quedaban fuerzas para luchar por lo nuestro. Entró en una peligrosa fase de indiferencia, además tampoco quería ir a la oficina, estaba segura de que le iban a echar del trabajo por mi culpa, del único trabajo que le gustaba y en el que se sentía realizada. Una noche en que noté que no dormía, le imploré que me diera otra oportunidad, le juré por lo más sagrado que iba a cambiar definitivamente y sobre todo le dije algo que no le había dicho nunca “Te quiero”. Al decirlo no se me torció la boca ni la mandíbula se me desencajó por falta de costumbre, al contrario, me resultó tan fácil que volví a repetirlo. No me contestó y ese silencio, dadas las circunstancias, lo tomé como algo positivo a lo

que agarrarme. A la mañana siguiente Sara se arregló y fue al trabajo por primera vez en tres semanas, regresó a las tres de la tarde completamente distinta.

-¡Me han ascendido! –gritó eufórica-. Soy jefa de departamento.

Se me echó al cuello. La abracé con fuerza, me importaba un pimiento el ascenso, lo que verdaderamente tenía valor era volver a sentirla junto a mí. Luego me besó y me susurró al oído “Y yo a ti”.

-Por cierto – continuó hablando desde su habitación mientras se cambiaba de ropa-, Doña Emilia me ha dicho que te está muy agradecida por la información. Ha vendido la casa.

También me ha preguntado cómo te enteraste de aquella historia.

-Fue una broma –dije dispuesto a contarle cómo se me ocurrió.

Sara salió de la habitación sin terminar de vestirse. Su rostro se había tornado grave.

-De broma nada, los de la inmobiliaria, aunque al principio lo negaban, se lo han confirmado. En el nº 9 de la Rúa Vieja vivió un médico-cirujano a quien llamaban “Sacamantecas”.

Esa misma tarde llamé a Benítez, un conocido que trabaja en el Archivo Municipal. Le pedí que averiguara algo sobre el caso de un médico ajusticiado a garrote vil a finales del siglo XIX. Serían las ocho de la noche cuando sonó el teléfono. Era Benítez.

-Algo he conseguido. Te lo mando por correo electrónico.

Le di mi dirección. Mientras esperaba el email, oí como mi mujer hablaba por teléfono con su amiga Merche , lo hacía cada día y sus conversaciones duraban más de

un cuarto de hora, si habían ido de compras las charlas se alargaban hasta casi la hora.

Le dije a Sara que me la pasara un momento.

-Oye Merche está por ahí tu novio.

-Muy gracioso.-contestó ofendida-. Sabes perfectamente que estoy sin pareja.

-¿Y ese tal Fermín Aranda que te acompañó el otro día a la fiesta de Doña Emilia?.

Se formó un embarazoso silencio. Noté que Merche dudaba entre colgarme o lanzarme un improperio. Su psicólogo le insiste en el autocontrol así que haciendo un esfuerzo me dijo:

-No sé si te burlas de mí o no, pero te digo que jamás he oído el nombre de Fermín Aranda y que a la fiesta de doña Emilia fui sola.

Colgó sin despedirse. Desde el cuarto de baño llegaba el ruido de la ducha y la voz de Sara entonando una canción de Bruce Spreeting, siempre lo hace cuando está contenta. Sonreí nervioso, alguien me había utilizado para echar de aquella casa a unos inquilinos molestos a cambio de ayudarme a reconducir su vida. Recordé la nota que me había dejado Sara en el espejo del recibidor “prefieres estar solo a estar con tu mujer”, ahora entendía su verdadero significado. Aquella noche en la fiesta no había nadie conmigo, al menos nadie de carne y hueso que vaya cada día al trabajo, vea la tele o se cepille los dientes. En el ordenador parpadeaba el email de Benítez. Lo abrí. Llenando la pantalla apareció un viejo daguerrotipo fechado en 1891 de dos policías escoltando a un hombre huesudo de piel macilenta y perilla mal recortada. El pie de foto decía “El Sacamantecas condenado a muerte”. El detenido era Fermín Aranda, miraba de frente al fotógrafo con miedo, implorando clemencia, con esas miradas cargadas de impotencia y dolor que solo tienen los inocentes.

De pronto dejé de escuchar el ruido de la ducha. Todo estaba en silencio. Llamé a Sara. No me contestó. Tan sólo oí una risa discordante y chillona, como la de una hiena.

Lo juro

FIN

Armando Ruiz Chocarro